

SOL EN UNA HABITACIÓN VACÍA

TRADUCCIÓN DE AURELIA ÁLVAREZ URBAJTEL

NO CONOZCO LOS ESTADOS UNIDOS. COMO TANTOS OTROS europeos, lo único que he hecho es atravesarlos. He visto aeropuertos y universidades que se parecen unas a otras, me he perdido en avenidas de mármol y de vidrio. No he visto nada. Un día traté de saber más. Miré, largamente, pinturas de Edward Hopper. En Nueva York, en Boston y, recientemente, en Marsella. París, siempre tímido, no lo ha querido para nada. He aquí pues una serie de escenas, de breves relatos digamos, que esos lienzos me han propuesto, uno por uno. Con algo de interpretación, quizá a despecho de un acercamiento que hubiera deseado fiel. Me gustaría que se leyeran estas líneas sin tratar de reconocer precisamente tal o cual imagen. Los admiradores de Hopper, que son numerosos, podrán siempre referirse, si lo desean, a las obras de que hablo, cuyos títulos doy.

GIRLIE SHOW

Las mujeres desnudas deben gustarles a aquellos que van a ver espectáculos de ese tipo. A todos los hombres, o casi, les gustan las mujeres. Pero aquellos son de una especie un poco diferente. Acercarse a una mujer, besarla, luego desvestirla, hacerle el amor en una cama, es algo que los ofende. No, me expreso mal. Es más bien algo demasiado real, demasiado tangible, y que quieren diferir indefinidamente. Es un acto, y prefieren vivir en lo imaginario. Pero necesitan, a pesar de todo, imágenes para erigir sus sueños. Aun los poetas. Esos hombres son poetas a su manera, poetas que no escriben, pero que viven intensamente sus sueños. Semejantes espectáculos fueron inventados para ellos. Fue difícil encontrarles un nombre, porque toda empresa nueva existe antes de que se sepa definiría con palabras que todo el mundo entienda y que la vuelvan perfectamente normal. Algunos, en Nueva York, en los años cuarenta, llaman a esto *girlie show*. Es una expresión difícil de traducir. Es muy elocuente en inglés americano. Se podría tal vez arriesgar "espectáculo de muchachas", o bien "muchachas en escena", pero se da uno cuenta de que eso de ningún modo es satisfactorio. Al cambiar de lengua, todo se vuelve complicado. Se podría decir "muchachas en el escaparate", pero la fórmula es sin duda demasiado vulgar, y sobre todo no reproduce el sentido de *girlie show*, el sentido exacto. Habría que escribir, como en un cartel de circo: "Aquí se enseñan muchachas", pero nuevamente el giro es malo, es incitante, sin más. Quedémonos con *girlie show*. ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que vemos? Porque estamos sentados

muy cerca del escenario y lo vemos todo. Nos encontramos en un pequeño teatro. Hay un músico en el foso de la orquesta, frente al tablado. Sólo se ve su rostro. El hombre está vuelto hacia los discos de su batería. No mira lo que está ocurriendo más arriba. Tiene que golpear con sus palillos los círculos de cobre. Acompaña al espectáculo, da el ritmo. Parece ausente, lo que ocurre en el escenario no le interesa en lo más mínimo. Eso lo hace cada noche. Espera, sin duda, a que todo termine para irse a acostar, hace su trabajo a conciencia. Es un profesional. Pero lo que cuenta, evidentemente, es lo que está ocurriendo en escena. Una mujer está ahí, esbozando pasos de baile. Está completamente desnuda, evidentemente, o casi. Sólo lleva puesto un pequeño calzón, un triángulo de tela clara que le oculta el sexo. Aparte de eso, está completamente desnuda. Acaba apenas de quitarse un velo azul pálido que debía de tener sobre el pecho. Pero lleva zapatos, unos escaquinés que le arquean los pies, con tiras de cuero y tacones altos. Lo cual, se imagina uno, la vuelve más atractiva. Esos tacones altos resaltan las pantorrillas, unas pantorrillas de nadadora, muy gruesas, muy duras. Lo que casi importa más son sus senos, que avanzan desmesuradamente sobre su torso. Están muy erguidos, puntean unas grandes tetas muy rojas, rojo sangre, como si estuvieran pintadas. Es un pecho agresivo, un pecho orgulloso de mostrarse. Por supuesto, escogieron a esta mujer porque tiene unos senos que apuntan como granadas, unos senos que uno nunca tiene la oportunidad de ver, aun en las películas porque las actrices los enseñan sólo un poco, cuando se inclinan, de vez en cuando. Son unos senos como uno los sueña, adolescente, en una de esas pequeñas ciudades de provincia donde las mujeres se visten de tal manera que apenas se adivina la redondez de sus formas. Son unos senos violentos. Uno sabe que jamás los tocará, pues sólo existen para el espectáculo. La mujer los lleva delante de sí como un testimonio visible de su femineidad. Semejantes senos no se acarician, sólo se les ve moverse al ritmo del baile. La mujer es pelirroja, una melena de animal salvaje. Tampoco en la vida se encuentran esas cabelleras. Daría miedo acercarle la mano. No se puede creer que sea su color natural. Pero es más maravilloso saber que esos cabellos están pintados, y que la mujer los cuida cada día, que los unta con una pasta roja, cremosa, sólo para el espectáculo. Ella conoce su profesión al dedillo. Sus grandes pasos son excitantes. Su ombligo se ve perfectamente sobre su vientre abombado. Y sin embargo, ya no es muy joven. Sus rasgos, bajo los polvos y las pinturas, son pesados. Tiene cuarenta años tal vez, pero indiscutiblemente, es mejor que cuando

se inició, en pequeños teatros miserables. Le hubiera gustado interpretar papeles de mujeres fatales, darle la réplica a Gary Cooper sobre un fondo de montañas, en una película de vaqueros. Afortunadamente, entendió que tenía un cuerpo, y que ese cuerpo podía hablar en su lugar. Entendió que llegarían hombres, y que darían dinero sólo por verla, innumerables hombres que no conocería nunca y que se la llevarían en sus fantasías. Sabe que la profesión es dura, que hay que parecer a la vez natural y distante. Que sus pechos no deben de caerse, que la carne de su vientre tiene que ser deseable. Avanza frente al telón negro. Hay hombres, muchos hombres, en la sala. Son exigentes. Pueden silbar, o pronunciar palabras soeces. Cuando acaba el espectáculo, se van solos. Se elevan sus imágenes en la cabeza. A veces el músico le habla. Después del show, llega a su camerino. Le dice si el público ha sido bueno esa noche. La mira quitarse el maquillaje. Luego se levanta, la besa en la mejilla. De vez en cuando, le pide que le regale unos cigarrillos.

[*Girlie Show*]

SOL EN UNA HABITACIÓN VACÍA

La historia empieza con árboles, bosques amarillos y verdes, que cubren la tierra y se alimentan de ella. Luego vienen los hombres. Talan los árboles, hacen tablas con ellos y, luego casas. Van empujando al bosque cada vez más allá. Y las casas se vuelven los únicos lugares en que saben vivir, donde crecen y mueren. Pero las casas no, no mueren con ellos. Tienen una memoria más lenta, se acuerdan de esa madera, de esa materia viva de que están hechas. Saben que el primer bosque puede volver, que está cerca y que a veces una rama viene a inclinarse sobre el techo, a pegar contra una ventana, las noches de gran viento. Sin embargo, han sufrido. Han conocido todas las fatigas y todas las desgracias de los hombres. Han visto a los ancianos hacerse más delgados hundidos en las camas, los han visto luchar contra el miedo y después quedarse ahí, inmóviles como piedras, con los ojos abiertos. Han conocido los gritos de placer de las mujeres y los primeros pasos de los niños, y al final, todo el silencio que retumba en las habitaciones vacías, cuando se acaban las historias, siempre las mismas, para volver a empezar otra vez, muchas otras veces, hasta el fin. Pero para ellas, a menos que sean quemadas o destruidas, no hay otro fin que el de aceptar, resistir, llevar más lejos el tiempo de los hombres. Y aquí una habitación está vacía, efectivamente, como desnuda en la luz que penetra oblicuamente por la ventana. No sólo está vacía: ha quedado desierta. Los que, todavía ayer, vivían en la casa se han ido, a otra parte o a ninguna parte, y de su paso no queda más que ese espacio en el que el sol calienta un poco las paredes, se agarra a los ángulos de los tabiques, dibuja sobre el piso sus figuras de geometría plana. Ya nada detiene la mirada. Los hombres se han ido, y con ellos todo lo que los acompaña y los hace vivir. Una mesa, un aparador en donde se guardan los vasos y los platos, unos sillones de mimbre que crujen cuando uno se sienta. Es una habitación de proporciones agradables. En la parte izquierda hay un rincón en el que se hubiera podido, sin duda, instalar un diván, tal vez hasta un sofá, con cojines de color. Debía de ser cómodo, justamente a esa hora, en la luz del sol, apacible, brillante. Se podía mirar por la ventana, descubrir el bulto verde

y azul de un árbol, alzar los ojos hacia el cielo. Era una casa en donde todo era fácil, simple, ajustado como un reloj, en el recorrido siempre igual de las horas. Sobre el tabique, entre los dos trapecios recortados por el sol, se distinguen como rastros que hablan de un objeto desaparecido, tal vez un cuadro, colocado ahí desde hace tiempo y que ha dejado una huella. Se puede imaginar que a quien vivía ahí le interesaba la pintura, que tal vez él mismo era pintor, y que amaba esa casa, que miraba el reflejo del sol dando vueltas, muy despacio, en la habitación, antes de pintar todo eso en un lienzo. Se puede imaginar muchas escenas, incluso las más extrañas, las más opuestas a esa suavidad. Las paredes dejan que uno se abandone a semejantes ensueños. Pero, de ahora en adelante, ya no tienen importancia. El hombre quizá esté muerto. El hombre vivió mucho tiempo, obstinadamente, en los adentros de su pensamiento, como apartado del mundo. Creía que la casa podía protegerlo, defenderlo contra los demonios y la finitud. Creía todo eso, pero sabía también que ese terrible esfuerzo, esa alianza, esa connivencia entre la casa y él no lo salvarían. Sabía que la casa, la que había mandado construir cerca del mar, entre los árboles, quedaría vacía algún día. Lo sabía. Pero también pensaba que la casa se acordaría, tal vez. Que guardaría el olor suyo, algo de su sustancia, antes de que otros lo borrarán todo y ya no supieran ni su nombre. Una especie de tregua, una interrupción del tiempo, incluso muy breve. Pensaba sobre todo en esa luz que volvería, a las mismas horas, y que recortaría sobre la pared la misma figura blanca, la que ya nadie después de él sabría ver.

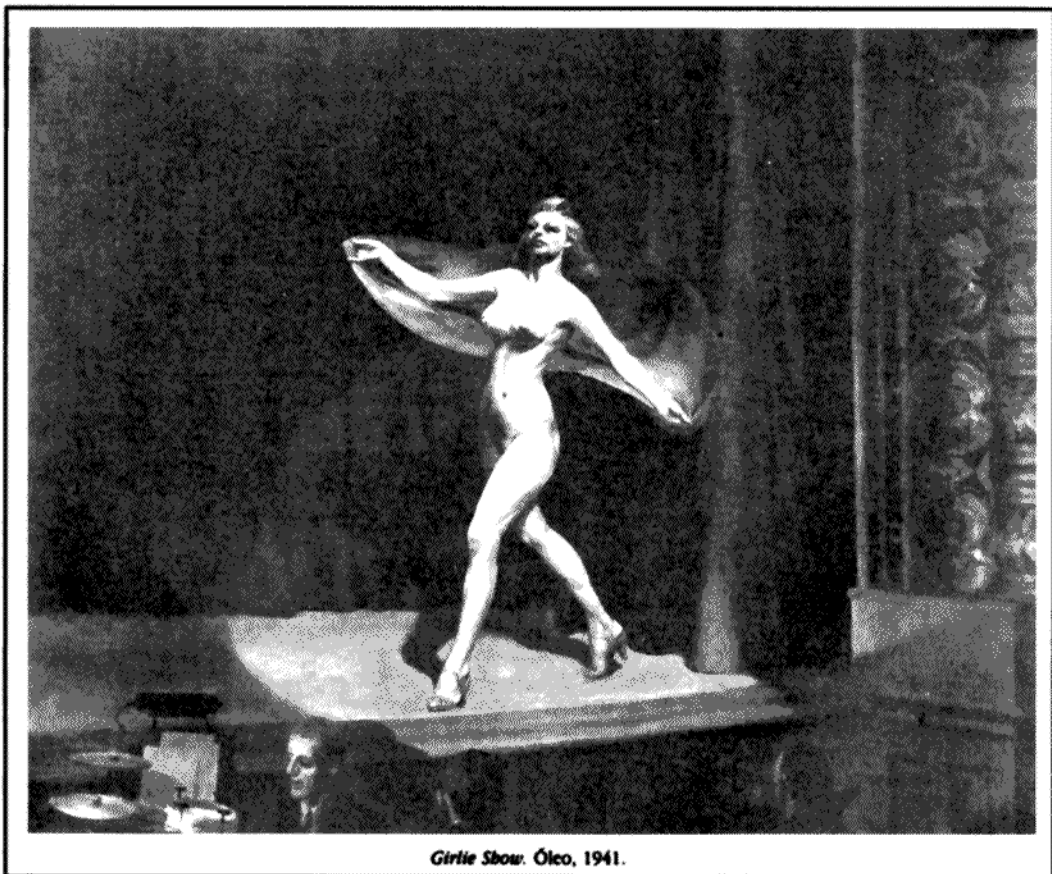
[*Sun in an Empty Room*]

AVES NOCTURNAS

Ambos están sentados, el uno junto al otro, sobre altos taburetes, frente a la barra. Cuando pasaron por la vitrina, el hombre vio la hora en su reloj. Luego dijo: "nos da tiempo de tomar un café. El tipo no ha cerrado todavía". La mujer no dijo nada. Encendió un cigarrillo. El hombre dijo: "Vamos a tomar un café. Después..." La mujer, esta vez, lo miró. Dijo: "Después, ¿qué?" El hombre no respondió. Se encogió de hombros, abrió la puerta del bar, detuvo la puerta. Ella entró. Y están ahí, ahora, los dos. No hablan. El hombre encendió también él un cigarrillo, pidió dos cafés. El hombre se parece un poco a Humphrey Bogart, pero muchos hombres se parecen a Humphrey Bogart, sobre todo de noche, con una mujer rubia que los acompaña. Es lo que piensa el mesero. Mira al hombre con insistencia mientras lava unos vasos detrás de la barra. Piensa que se trata tal vez de un actor conocido, o de un político, de alguien cuya foto ha visto en algún lado, un día, en el periódico. El hombre lleva un traje azul oscuro, con una camisa de azul más claro, una corbata del mismo azul que el saco. Tiene el semblante duro, o más bien concentrado, ensimismado, indescifrable. Sus ojos parecen fijos en el mesero, pero no lo ve. Está mirando más lejos, hacia sus adentros, como si quisiera decir algo pero no lo dijera y se contentara con escrutar un punto preciso, en el muro de enfrente, detrás del mesero. Lleva un sombrero de fieltro claro, más claro que su traje, con una cinta casi negra. El ala está bajada sobre su frente y proyecta una sombra sobre sus ojos. Sostiene el cigarrillo en la punta de los dedos de su mano derecha, deja que se consuma sin llevarse a los labios. Tampoco toca

la taza blanca que está junto a su codo, en la barra. La mujer tampoco se preocupa por beber. La taza está puesta frente a ella, pero finge no haberlo notado. Mira con extremo cuidado el cigarro que sostiene hacia arriba, a la altura de su rostro, como si se tratara no de un cigarro sino de un objeto valioso, una joya que examinara detenidamente, muy cerca de los ojos. También ella parece una actriz de cine, tal vez Jean Harlow, piensa el mesero. La había visto, hacía mucho, en una película, *Los Ángeles del Infierno*. Le gustaba mucho su modo de caminar, de mirar a los hombres con desdén, pero hace varios años que murió, y esta mujer es más alta, su cabello es rubio, con reflejos de cobre rojo. Es una joven espléndida, y el mesero envidia al hombre del traje azul porque puede salir tan tarde por la noche con una persona tan atractiva, pero también presiente que no todo va tan bien en la pareja, y se queda con sus propias reflexiones. Es verdad, esa mujer es soberbia con su cabellera muy gruesa, muy brillante, que le cae sobre el cuello. Ha de hacer calor, a pesar de la noche, porque sólo lleva puesto un vestido ligero de mangas cortas, y su garganta y sus brazos están desnudos. Es delgada, se podría incluso decir flaca. Se distinguen los huesos de sus hombros. Es de cabos finos, de muñecas elegantes.

Parece realmente una actriz. No hace un sólo gesto. Se limita a contemplar el cigarro en la punta de su mano derecha, mientras que su brazo izquierdo descansa sobre la madera de la barra, a la altura del codo, y su mano izquierda está a unos cuantos centímetros del brazo del hombre sentado junto a ella. Pero ella no lo toca. Si su mano está muy cerca del brazo del hombre, es por descuido, tal vez por indiferencia. Espera a que el café se enfríe en la taza blanca, nada más. Cuando el hombre dijo, ante la vitrina: "Todavía nos da tiempo de tomar un café", ella no respondió. Hubiera podido decir sólo una palabra: "No". Y el hombre no hubiera insistido, lo sabe. Hubiera dicho: "¿Por qué? No es tan tarde." Y hubiera respondido "no", y el hombre la hubiera dejado en una estación de taxis. Pero no dijo nada. Tal vez ahora lo lamenta, pero es demasiado tarde. Tal vez no le importe y esté esperando que todo eso acabe viendo el cigarro consumirse. No hay por qué armar un lío con eso. El hombre también sabe eso. Acostumbra vagar largo rato por la noche, para nada, o tal vez por razones muy precisas, profesionales. Y ya que decidió entrar a ese bar y que la mujer no dijo que no, permanece ahí, junto a la barra, sin mirar siquiera a la mujer, sin hablarle, con la mirada dura. Ya luego verá lo que debe hacer.



Girle Show. Óleo, 1941.

Esperará a que el mesero diga que va a cerrar. De hecho, no tiene mucho tiempo por delante. Ha de ser bastante tarde, la sala está casi vacía. Sólo queda un cliente, un individuo que se ve de espaldas, que se demora todavía frente a su vaso, y que acabará por levantarse. Entonces el mesero se dirigirá al hombre que se parece a Humphrey Bogart para decirle que va a cerrar, y se irán los dos en la noche, sin una palabra. Afuera, la esquina de la calle está a oscuras. Sólo está alumbrada por la luz brutal del bar que se expande en charcos verdes sobre el asfalto. Es un islote de claridad que se resiste contra la noche. Un lugar que todavía participa del día, de las actividades del día, en donde se puede beber un café, tal vez comer un sandwich de jamón, si quedan. Pero nadie come, nadie pide nada, el café se enfría en las tazas, y eso mismo significa que uno se detiene ahí solamente para existir por un poco más de tiempo, antes de que todo se apague y la calle se convierta de nuevo en ese espacio improbable en donde todo es posible entre las fachadas ciegas, entre las casas dormidas. Justo detrás del bar hay una tienda de la que sólo se distingue la máquina automática de la caja, un bulto gris cuyo metal devuelve, confusamente, la luz del bar. El alumbrado cae en un ángulo agudo, muy corto, que deja todo lo demás en la sombra. Es una calle, en la noche, una calle que se hunde al otro lado de la noche, como alguien dormido que fuera sorprendido en su sueño y que se volviera, tenazmente, hacia la pared. No se puede saber de qué clase de tienda se trata, lo que venden en ella. Han quitado todos los objetos del escaparate y está demasiado oscuro para que se puedan descifrar los letreros. Arriba del bar, sin embargo, en el halo de la luz que sube, se lee con bastante facilidad la palabra PHILLIES, pintada con letras amarillas sobre el fondo negro. A la izquierda está representado un puro, con su anillo pardo en el medio, y bajo el habano, esta inscripción: *On 1 y 5 c.* Es claro que PHILLIES no es el nombre del bar, sino el de la marca de puros, al menos eso puede pretenderse. Olvidamos mencionar que el mesero lleva una chaqueta blanca de camarero y un gorro blanco sobre la cabeza, con el que se asemeja a un militar. Tiene un rostro particularmente estúpido, pero sin duda ha de ser el cansancio, que paraliza sus rasgos al cabo de tantas horas de trabajo. Atrás de él, al extremo de la barra, hay dos percoladoras para el café, dos percoladoras de un modelo antiguo, de metal brillante, cada uno con su grifo para que el líquido caliente se vierta en las tazas. No debe ser muy buen café, ni un bar de mucha categoría. No importa, es un bar que cierra tarde por la noche. Eso basta para que el hombre y la mujer se queden, el uno junto al otro, en silencio. La mujer no se parece a Jean Harlow. Es demasiado alta, demasiado pasiva sobre todo. No se puede distinguir si sus uñas están pintadas de rojo.

[Nighthawks]

WESTERN MOTEL

Cada cosa es terrible y se ve todo con una precisión insostenible. La habitación, el gran ventanal y, a través del vidrio la carretera, el coche detenido, el paisaje. Está uno dentro del cuarto, y sin embargo es como si se encontrara afuera y la mujer sentada en la cama estuviese ahí, evidentemente, pero sin nada que la proteja o por lo menos que la separe de lo que ocurre afuera, es decir, nada. La mujer acaba de llegar,

ha puesto sus dos maletas en medio del cuarto. Tiene más de cuarenta años, da una impresión de fuerza, pero también de debilidad, o más bien de cansancio. No le interesa realmente lo que la rodea. Acaba de sentarse. Sin duda llevaba sobre los hombros una chaqueta de tela azul que echó sobre el respaldo de un sillón granate. Su vestido es color burdeos o heces de vino. Es un vestido cómodo para manejar, pero feo, mal cortado, con un escote en punta. Todo es terrible. La carrocería verde del coche al otro lado de ese ventanal, el cubrecama de un rosa pasado, la varilla metálica de la lámpara sobre la mesa de noche, el despertador rectangular. Ese es el mobiliario de la habitación, de todas las habitaciones del motel. La mujer está sola. Acaba de llegar en su Buick o su Dodge, un coche con la carrocería abultada, con una calandria en dientes de tiburón, como gustaban en los años cincuenta. El ventanal es tan amplio, tan transparente que todo exterior parece saltar en el cuarto. La cinta de la carretera, la hierba amarilla y rasa, los cerros moldeados como panes de melaza. La mujer está sola. A menos que un hombre esté llenando las fichas en la recepción. Un hombre, un marido, un individuo sin papel alguno en la historia. Ella está derecha, con la espalda rígida, como si estuviera sentada sobre una silla, como si posara, con una mano sobre el reborde de la cama. No mira el paisaje. Voltea la cabeza hacia alguien que no existe. Hubiera podido correr las cortinas, abrir su equipaje. Son maletas de piel, un poco cansadas, pero relativamente elegantes. Son dos, tal vez demasiado, en efecto, para una sola persona, incluso para una mujer que viaja. Tiene el cabello rubio, muy corto, un rostro bastante redondo, pero duro. No tiene ganas de descansar enseguida. Afuera, el cielo es de un azul uniforme, indiferente. Un cielo de Middle West, sin matices. Es el final de la tarde. El sol ya giró a la derecha. La luz se recorta sobre el muro gris —azul como un trapecio más claro. Las cortinas son amarillas. Podría ocurrir algo de imprevisto, no se sabe qué. Un poco de viento, por ejemplo, pero sería imposible abrir la ventana. Todo está climatizado. No hay la menor señal de vida sobre los cerros, ni cultivos, ni casas. La mujer lleva zapatos con tacón, zapatos de ciudad. Sus piernas son muy blancas, sus antebrazos son carnosos. No tomó tiempo para refrescarse un poco. Todo es terrible.

[Western Motel]



Nighthawks (detalle). Óleo, 1942.